





El complejo vacacional ideado por el nazismo constaba de ocho bloques de cinco pisos de altura que hoy están en desuso. Abajo, una vista aérea de algunos de los edificios construidos en la playa de la isla de Rügen, en el Báltico, a lo largo de cinco kilómetros

el recreo de Hitler

ALEMANIA AÚN CONSERVA LAS INSTALACIONES TURÍSTICAS QUE EL NAZISMO LEVANTÓ EN LAS COSTAS DEL BÁLTICO

TEXTO DE **Eva Millet** FOTOS DE **Gunnar Knechtel**

Más de una década después de haber dejado de formar parte de la Alemania Oriental, no se sabe demasiado bien cuál va a ser el destino de Prora, un complejo vacacional de la Alemania nazi en el que Adolf Hitler tuvo un especial interés. Situado a orillas del mar Báltico, en la isla de Rügen, Prora constaba de ocho bloques monolíticos de cemento gris, de cinco kilómetros de longitud, que ocupan la larguísima lengua de arena blanca que recorre la bahía sobre la que fueron edificados. Pero nadie, salvo algún bañista solitario, utiliza las instalaciones.



Cuando en 1989 se derrumbó el muro de Berlín y con él el sistema comunista de la Europa del Este, se pudo tener acceso a muchos lugares y secretos antes firmemente ocultos por el telón de acero. Entre ellos, algunos tan sorprendentes como un extraño complejo ubicado en la ex Alemania Oriental: Prora, o el modelo de "resort" de la Alemania nazi, donde los ideólogos del Tercer Reich iban a llevar a cabo su particular versión de las vacaciones organizadas o "en paquete", tan populares hoy en día.



Tachonados de un enjambre rectilíneo de ventanas cuadradas, ocho edificios de cinco pisos de altura que ocupan cinco kilómetros de una larga playa de la isla de Rügen, en el mar Báltico, son el testimonio del primero de los cinco centros vacacionales que el gobierno nazi había planeado construir en aquella zona para solaz y recreo de más de veinte mil "volksgenossen" (un término que vendría a significar "camaradas de asueto").

Los "volksgenossen" iban a ser enviados hasta allí durante las vacaciones por la organización "Fuerza a través del divertimento" del régimen hitleriano. Era esta una hebra más del oscuro entramado sobre el que se sustentaba la ideología nazi, para la que el concepto de "diversión", por cierto, tenía muy poco que ver con el que puede tener, por ejemplo, un veraneante alemán que aterriza en las costas españolas en el 2001. En Prora nadie iba a pasarse dos semanas (que era el periodo de vacaciones que correspondía a los "volksgenossen") tumbado a la bartola cultivando el sano arte del "dolce far niente". En absoluto: para Prora se habían planeado, con germánica precisión, todo tipo de actividades con el objetivo de conseguir gente más sana y más fuerte, en perfecta forma tanto física como ideológica: el tipo de alemanes que se necesitaban para edificar un sólido y perenne Tercer Reich.



Así, una vez les fueran asignadas sus pequeñas y austeras habitaciones con dos camas de hierro individuales, un armario y poco mobiliario más (todas, eso sí, con espléndidas vistas al mar), los veraneantes empezarían su cursillo intensivo de quince días para conseguir "la fuerza" a través de una diversión controladísima durante toda una jornada salpicada de actividades que incluirían sesiones de natación en la primera piscina con olas que se proyectó en Europa y ejercicios gimnásticos en el paseo marítimo (decorado con una interminable y tupida hilera de esvásticas como telón de fondo). El día tendría como lógico colofón no un baile bajo los farolillos al son de una orquesta pachanguera, sino un acto político bajo las ➜



LAS VACACIONES ESTABAN PLANIFICADAS CON GERMÁNICA PRECISIÓN CON EL OBJETIVO DE **CONSEGUI R GENTE MÁS SANA Y MÁS FUERTE,** EN PERFECTA FORMA TANTO FÍSICA COMO IDEOLÓGICA

Las habitaciones eran muy austeras y medían cinco metros de largo por dos y medio de ancho

Muy pocos bañistas acuden a la playa, aunque la zona es cada vez más frecuentada

Dos pequeños cafés han sido habilitados en los edificios. Uno de ellos muestra una vista aérea de cómo debería haber sido el complejo



estrellas bálticas y las cruces gamadas en la inmensa plaza al aire libre de Prora. El acto consistiría en una serie de enfervorizados discursos sobre las excelencias del nacionalsocialismo, naturalmente.

Pero a pesar del interés que, aseguran los historiadores, tenía Hitler en la iniciativa, ni la piscina ni la plaza se llegaron a construir jamás. Tampoco se pudieron pintar de blanco las fachadas de los monolíticos bloques, ni ningún veraneante pudo disfrutar de las aguas bálticas. Aunque se construyeron los ocho edificios principales del primer complejo, el proyecto firmado por el arquitecto Clemens Klotz se quedó a medias. La guerra que provocó Hitler tenía demasiados frentes que cubrir.

Deshabitada y fantasmal, Prora fue testigo silencioso de la llegada de las tropas soviéticas en 1945, que desistieron en su intención de dinamitar el complejo. Demasiado cemento reforzado. Imposible. Hitler hubiera estado sin duda contento, porque con Prora y otras faraónicas obras realizadas durante su dictadura construía poder. Obsesionado con perdurar, Hitler y su principal arquitecto, Albert Speer, diseñaron toda una teoría, conocida como teoría del valor de la ruina, inspirada en los restos de civilizaciones como la egipcia, la mesopotámica o la romana. Si el nazismo caía alguna vez, creían, aunque fuese dentro de miles de años, las piedras erigidas por el Reich, románticamente engullidas por la hiedra, hablarían por ellos, y, como las pirámides o los templos romanos, seguirían despertando admiración y reverencias.





Pero hoy, los restos de Prora no provocan ni admiración ni reverencia, sino un cierto desconcierto: nadie, ni políticos, ni historiadores ni arquitectos, sabe muy bien qué hacer con ellos. Han albergado tropas nazis, rusas y de Alemania del Este, un museo y un hotel para jóvenes, pero las ruinas de Prora, con sus escaleras de cemento que la arena blanca empieza a engullir y sus habitaciones vacías donde sólo manda el silencio, no testimonian belleza ni grandeza, sino locura, fealdad y desasosiego.

Hasta dos años después de la caída del muro era imposible acceder a la playa, pues parte del complejo estaba ocupada por instalaciones militares. Algunos edificios aparecen hoy derruidos, pero se desconoce si fue obra de los rusos o de las propias autoridades alemanas. En la actualidad, sólo algún que otro bañista solitario aprovecha las instalaciones para protegerse del sol durante los escasos días de verano en el Báltico. Justo destino banal para un proyecto edificado con ansias megalómanas. ●

DESHABITADA Y FANTASMAL, PRORA FUE TESTIGO EN 1945 DE LA LLEGADA DE LAS TROPAS RUSAS, QU E **DESISTIERON EN SU INTENTO DE DERRIBAR** EL COMPLEJO: DEMASIADO CEMENTO REFORZADO

Unas camas elásticas son la única atracción para los veraneantes en toda la playa

Algunos de los bloques están prácticamente en ruinas y nadie decide sobre su destino

La arena oculta gran parte de las escalinatas del complejo de vacaciones levantado por el nazismo